¡Ama a tu prójimo judío como a ti mismo!

“Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación”.

Efesios 2:14

Introducción

Según la Biblia, el “amor” es el principio fundamental de este mundo creado por Dios. El apóstol Juan dice claramente:

“El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor” (1 Juan 4:8).

El apóstol Pablo agrega:

Aunque hable lenguas humanas y angélicas, pero no tenga amor, he venido a ser metal que resuena o címbalo que retiñe. Y si tuviese profecía, y entendiese todos los misterios y toda ciencia, y si tuviese toda la fe, de tal manera que trasladase los montes, y no tengo amor, nada soy. Y si repartiese todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y si entregase mi cuerpo [para] ser quemado, y no tengo amor, de nada me sirve (1 Corintios 13:1-3).

Concluye diciendo: “Y ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor” (1 Corintios 13:13).

Amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos es el mandamiento más grande de la Biblia, en el que se basa todo lo demás (Mateo 22:37-40).

Como Adventistas del Séptimo Día, somos llamados y ordenados por Dios a amar a todos los que nos rodean como Dios el Padre los ama, y como Jesús los ama, recordando que “... de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16). Este amor se extiende a todos: buenos y malos, ricos y pobres, educados e incultos, agradables y desagradables. Jesús también ordena: “Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros” (Juan 13:34).

Este mandamiento de amar a los demás como Jesús nos amó, se vuelve particularmente relevante cuando se considera al pueblo judío y sus experiencias históricas con el cristianismo. A menudo, cuando los cristianos piensan en el pueblo judío, albergan actitudes negativas, que pueden manifestarse como antipatía, indiferencia, disgusto e incluso odio, lo que lleva a la agresión y la violencia. Este ha sido el caso desde la Edad Media, a través de la expulsión y el asesinato de judíos en las ciudades cristianas europeas, los tribunales de la Inquisición y hasta el Holocausto durante la Segunda Guerra Mundial, donde seis millones de judíos fueron exterminados por el régimen nazi. De manera alarmante, un odio similar hacia el pueblo judío está

resurgiendo en todo el mundo, con ataques y asesinatos que ocurren simplemente porque alguien es judío.

Algunos justifican este odio afirmando que “mataron a Jesús”, sin reconocer que ningún judío de hoy participó en la crucifixión de Jesús, un evento que ocurrió hace más de dos mil años. Además, los que utilizan esta justificación olvidan que Jesús, víctima de este acto atroz, perdonó a sus autores: “Y Jesús decía: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lucas 23:34). Si Jesús perdonó, ¿quiénes somos nosotros para acusar y buscar venganza contra los judíos de hoy, que no estuvieron involucrados ni tuvieron parte en el asesinato de Jesús?

Algunos citan la afirmación: “Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos” (Mateo 27:25) para justificar bíblicamente el odio contra los judíos, afirmando que Dios rechazó al pueblo judío y lo sometió a la ira divina. Sin embargo, ¿realmente reaccionó Dios de esta manera?

El apóstol Pablo se refiere a esto en su carta a los Romanos, afirmando: Digo, pues: ¿Ha desechado Dios a su pueblo? En ninguna manera. Porque yo también soy israelita, de la simiente de Abraham, de la tribu de Benjamín. 2 No ha desechado Dios a su pueblo, al cual desde antes conoció” (Romanos 11:1-2).

Así que en cuanto al evangelio, son enemigos por causa de vosotros; pero en cuanto a la elección, son amados por causa de los padres. Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios (Romanos 11:28-29).

Como Adventistas del Séptimo Día y creyentes en la Biblia, reconocemos que toda la humanidad es culpable de la muerte de Jesús, porque él murió en la cruz por los pecados de todos, incluyendo los nuestros. Él cargó con nuestra culpa para que nosotros, es decir, tú, yo y todos los demás, seamos perdonados (Isaías 53).

Elena G. de White, en su libro Los hechos de los apóstoles (Capítulo 35: “La salvación ofrecida a los judíos”), decía lo siguiente:

“Aunque Israel rechazó a su Hijo, Dios no los rechazó a ellos. Escuchemos cómo continúa Pablo su argumento: “Digo pues: ¿Ha desechado Dios a su pueblo? En ninguna manera. Porque también yo soy Israelita, de la simiente de Abraham, de la tribu de Benjamín. No ha desechado Dios a su pueblo, al cual antes conoció” (HAp, p. 310).

“A pesar de la terrible condena pronunciada sobre los judíos como nación en el momento de su rechazo a Jesús de Nazaret, han vivido de edad en edad muchos hombres y mujeres judíos nobles y temerosos de Dios que han sufrido en silencio. Dios consoló sus corazones en la aflicción, y contempló con piedad su terrible suerte. Oyó las agonizantes oraciones de aquellos que le buscaban con todo corazón en procura de un correcto entendimiento de su Palabra” (HAp, p. 304).

Mirando hacia el futuro, declara:

“En la proclamación final del Evangelio, cuando una obra especial deberá hacerse en favor de las clases descuidadas hasta entonces, Dios espera que sus mensajeros manifiesten particular interés en el pueblo judío que se halla en todas partes de la tierra. Cuando las escrituras del Antiguo Testamento se combinen con las del Nuevo para explicar el eterno propósito de Jehová, eso será para muchos judíos como la aurora de una nueva creación, la resurrección del alma” (HAp, p. 381). “Cuando este Evangelio se presente en su plenitud a los judíos, muchos aceptarán a Cristo como el Mesías. Entre los ministros cristianos son pocos los que han sido llamados a trabajar por el pueblo judío. Pero a éstos que han sido pasados por alto, tanto como a todos los otros, ha de darse el mensaje de misericordia y esperanza en Cristo” (HAp, p. 305).

Para cumplir con las expectativas de Dios para su Iglesia hacia el pueblo judío hoy, comienza por hacerte amigo de ellos con una actitud amorosa y sincera, para que puedan ver en ti el verdadero amor de Dios y de Jesús por cada ser humano.

Identifícate como un adventista del Séptimo Día, no simplemente como un cristiano. Muchos judíos tienen una comprensión limitada del cristianismo y aún menos

familiaridad con los adventistas del séptimo día. Cuando escuchan que usted es cristiano, pueden asumir que es católico, protestante u ortodoxo, sin una comprensión clara de lo que implica ser un adventista del séptimo día. Este concepto erróneo común puede abrir el camino a conversaciones sobre las creencias y prácticas que compartimos con el judaísmo, como observar el sábado, adherirse a una dieta bíblica y valorar las enseñanzas de la Biblia hebrea, todo lo cual contribuye a una vida más saludable y larga. También se puede destacar que algunas regiones adventistas densamente pobladas son reconocidas como “zonas azules”, áreas donde las personas viven vidas significativamente más largas y saludables que la mayoría de sus contrapartes globales y a menudo llegan a los 100 años de edad o más con una alta calidad de vida. Una de esas zonas, Loma Linda, aparece en una serie de *Netflix* sobre las zonas azules.

Finalmente, permite que tus palabras sean una fuente de vida y bendición para tu amigo o vecino judío. Evita las acusaciones o bromas pesadas basadas en prejuicios y estereotipos. Ser un canal para las palabras de vida de Dios y Jesús, ayudándoles a encontrar la paz y el amor desde el trono de Dios, cumpliendo la promesa de una vida plena por el Mesías de Israel: “Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia” (Juan 10:10).

Por lo tanto, ¡jamemos verdaderamente a nuestro prójimo judío como a nosotros mismos!

Oración:

Querido Padre Celestial:

Gracias por tu amor que no conoce fronteras. Ayúdanos a amar a nuestro prójimo judío como tú lo has mandado, mostrando respeto, bondad y comprensión. Que seamos embajadores de tu amor, trayendo sanación donde hay división y extendiendo gracia donde hay malentendidos. Guíanos para reflejar el amor de Cristo en todo lo que hacemos, fomentando relaciones basadas en la compasión y la paz. En el nombre de Jesús, Amén.

Preguntas de discusión:

1. ¿Qué significa para Cristo «derribar el muro de separación» en nuestras relaciones con los demás, particularmente con aquellos de diferentes religiones o culturas? ¿Cómo podemos encarnar activamente este principio en nuestra vida diaria?
2. Teniendo en cuenta los desafíos históricos y presentes en las relaciones entre cristianos y judíos, ¿cómo podemos nosotros, como adventistas del séptimo día, demostrar eficazmente el amor de Cristo y construir puentes de entendimiento y respeto?
3. ¿De qué manera el mandamiento de «amar a tu prójimo como a ti mismo» nos desafía a reevaluar nuestras actitudes, palabras y acciones hacia aquellos que pueden haber sido históricamente marginados o incomprendidos, incluida la comunidad judía?